

PREGÓN DE LAS FIESTAS DE LA VIRGEN 2008

Teatro Concha Segura

Yecla, 29 noviembre de 2008

Pedro José Navarro Ibáñez

Periodista

Ilustrísimo Señor Alcalde de Yecla. Reverendo señor cura párroco de la Parroquia de La Purísima. Presidente y directivos de la Asociación de Mayordomos. Queridos telespectadores de Tele Yecla, que un año más nos acompañan desde sus casas, y compañeros y compañeras de los distintos medios de comunicación que dan fe de lo que aquí va a acontecer. Señoras y señores, amigas y amigos. Muy buenas noches a todos.

Vuelvo a dirigirme desde este escenario del Teatro Concha Segura, en este acto del Pregón de las Fiestas de la Virgen del Castillo, acontecimiento que abre las puertas a las jornadas festivas que se avecinan y cede el testigo a la verdadera protagonista de esta conmemoración anual: María Inmaculada y el fervor mariano que su imagen, su figura y, sobre todo, su testimonio, despierta en medio de nosotros, sus hijos. En esta ocasión no lo hago como presentador del acto, sino como pregonero del mismo, diez años después.

Quien les habla llegó a este pueblo por primera vez en su vida en el tren "chicharra" hace ya cuarenta y cuatro años. Con dos meses, y procedente de París, como también lo hicieran los hermanos Sole y Juan Luis Giménez, copregoneros –si me permiten la expresión- de las Fiestas en su edición de

1997, vine de los brazos de mis padres a comenzar a respirar el aire frío, seco y limpio en aquellos inicios del otoño de 1964, el de los "25 años de Paz". Una fecha que conmemoraba el final de la Guerra Civil y en la que el entonces ministro de Información y Turismo, Manuel Fraga Iribarne, puso en marcha una gigantesca campaña propagandística. Quiero empezar vindicando, por tanto, que pese a no haber vivido de facto más que unos pocos años cerca de la Estación, de derecho siempre me he sentido y sigo sintiéndome yeclano. Luna y figue, por más señas, hijo y nieto de yeclanos y, dentro de lo que cabe, ejerciendo como tal con unas gachasmigas, unas tortas fritas, vino recio y gazpachos por testigos, en cualquier lugar donde me haya tocado vivir.

Permítanme este breve desvarío por la memoria, para volver a situarnos en este marco que ofrece el Teatro Concha Segura, coliseo que ha sido testigo de innumerables historias de generaciones pasadas y presentes. Esta sala ha contemplado el paso de niños y de niñas, de zagales y zagalas, hoy ya hombres y mujeres maduros, algunos incluso que ya no están físicamente entre nosotros, como es el caso de mi padre, que rompió en esas butacas que ustedes ocupan esta noche la manga de un abrigo de la niña que más adelante sería mi madre. Fue precisamente él quien me transmitió sus recuerdos de las Fiestas de la Virgen, cuando disparaba su arcabuz junto a los suyos, "Los Luna", por las angostas y empinadas calles que conducen al Santuario del Castillo. Seguro que en la mente de muchos de los que hoy ocupan sus asientos, o nos contemplan ahora desde sus casas por medio de la televisión, también hay espacios para la añoranza.

Haber nacido en París, trasladado con apenas cuarenta días a un pueblo industrial de la provincia de Alicante, y siete años después a "la majá", en plena Vega Baja del Segura, me convirtió en pequeño apátrida, en plena efervescencia de la España de las autonomías y las regiones. Porque a esas características locales se unía la procedencia de mis progenitores, que era y es "extranjera", si por ella se entiende que habían nacido en Yecla.

Lo de las identidades tiene su miga, mientras que bajo el paraguas de un gentilicio no se excluya a los otros. Hijo de la emigración, de la exterior del paro camuflado de los 60 y de la interior de los pueblos pobres a otros

más ricos. Un apátrida que entiende muy bien a todos aquellos que hoy en día abandonan sus pueblos, sus países y hasta sus continentes para encontrar cobijo en otras latitudes. Muchos de ellos han sido acogidos en nuestro pueblo. Se han integrado, junto a sus familias, entre nosotros. Trabajan en nuestras fábricas. Cuidan a nuestros zagales y a nuestros mayores mientras nosotros estamos fuera, y se emocionan con nosotros al sentir la devoción por María Inmaculada, en su advocación de la Virgen del Castillo. Al igual que ellos lo hacen con Nuestra Señora del Cisne o la del Quinche, en Ecuador; Nuestra Señora de Copacabana, en Bolivia, o Nuestra Señora de Chiquinquirá, en Colombia.

Vine al mundo en la Ciudad de la Luz, no en balde “por mis venas corre sangre jacobina”, cuando estas fiestas estaban a punto de conmemorar el décimo aniversario de la Coronación Canónica de nuestra Patrona, la Purísima Concepción, un hecho en el que puso su empeño el Arcipreste Don José Esteban Díaz, uno de los presbíteros que más han contribuido al presente y al futuro de la historia de un pueblo como el nuestro, y que la Virgen lo tomó junto a su manto antes de que pudiera ser testigo de su Coronación en esta tierra. Ese año de 1964 los Pajes fueron los entonces niños José López-Atalaya Pérez y María Inmaculada Puche Pérez. Un año en el que según cuentan las crónicas, para mayor lucimiento de la ofrenda de flores, se solicita no se efectúen disparos en la misma y solamente las Insignias llevarán una escuadra de cinco tiradores disparando.

Ese año, en Yecla, la Casa Municipal de Cultura que dirigía don Miguel Ortuño acogió diversas conferencias sobre agricultura, la familia o el Concilio Vaticano II que entonces se estaba celebrando. Una Casa que albergó diversas exposiciones, las dos asambleas que celebró la Asociación de Mayordomos, y un grandioso acto el 1 de abril –fecha conmemorativa del final de la Guerra Civil- en el que intervinieron los ex alcaldes D. Fulgencio Ortuño Puche, D. Juan Azorín Albiñana, D. José Verdú Díaz, D. Ricardo Tomás y Soriano y D. Ramiro Chinchilla Marco, junto al entonces regidor D. José María Martínez Sánchez.

También el Aula de Cultura “Azorín” de la entonces Caja de Ahorros del Sureste de España programó ese año seis conferencias, más de diez conciertos, recitales de poesía, lectura de cuentos, un cursillo agrícola de

Viticultura –como no podía ser de otra manera-, dos espectáculos teatrales y cuatro sesiones de cine forum, con la cinta de Berlanga “Bienvenido Mr. Marshall” entre ellas. Qué más puedo yo añadir a la tradición cultural, artística y literaria de Yecla. Una singularidad que se añade al carácter propio, a la identidad expresa que se ha ido forjando a lo largo de los años. Una personalidad que no ha precisado de las grandes excepciones para ir configurando una forma de ser, una forma de pensar y, sobre todo, una forma de construir un singular conjunto de facetas que define el carácter de nuestro pueblo.

De entre ellas destaco la laboriosidad. El sentido del trabajo, del esfuerzo en alcanzar metas y en desear superar las adversidades alcanzando los objetivos propuestos. Un ejemplo de lo que les hablo, sin descubrir ni pedir nada a cambio, es que ese mismo año 1964 la Feria Provincial del Mueble e Industrias Afines celebró su tercera edición entre los días del 26 de septiembre al 4 de octubre. Y ejemplo del sentido del trabajo y su relación con el afán de superación es que el Instituto de Bachillerato recibió ese año, por Orden Ministerial, la implantación de los Estudios Nocturnos, y vio cómo en su primer curso se matricularon 40 jóvenes.

Fue el año en el que “después de nueve de fructífera labor religiosa en nuestra ciudad, ha cesado en el cargo de Párroco Arcipreste de la Purísima, el Reverendo D. Dámaso Eslava Alarcón, al ser nombrado Director espiritual del Seminario Mayor de San Fulgencio, de Murcia”, según rezaban las crónicas del momento. Conocí a D. Dámaso en los últimos años de su vida y su paso por Yecla lo había marcado profundamente. Porque como saben los que han nacido fuera y por circunstancias de la vida, sobre todo laborales, les ha tocado pasar un tiempo entre nosotros, Yecla marca, y de verdad. En general, el rechazo inicial por los prejuicios que genera el aislamiento sempiterno de nuestra ubicación geográfica y climatología, es sustituido por el sentimiento de pertenencia a una comunidad que deja huella, que imprime carácter, como alguno de los sacramentos cristianos.

Qué les puedo decir yo, una persona que tiene que dar gracias continuamente por la vida que me ha tocado vivir, que ha experimentado que las cosas no suceden por casualidad. ¿Cómo si no puedo interpretar

que el 26 de enero de ese año se colocara la primera piedra de la nueva parroquia de San José Artesano, la que luego sería mi parroquia, el lugar donde crecí en la fe al final de la adolescencia y la juventud? Esa comunidad en la que algunos de sus párrocos han marcado mi experiencia creyente, como Pepe Saorín, Mateo Clares o Pepe Carrasco. Donde fue bautizado mi hermano Abraham, donde mis padres celebraron sus bodas de plata, donde fue ordenado sacerdote mi hermano Pablo un 4 de julio de 1993, y apenas cuatro meses después acogería sus restos mortales para celebrar su funeral, tras haberlo hecho ya un mes antes de su ordenación el cuerpo de mi padre, de Pepito, “el Lunica”. Qué les puedo contar.

Fue el año en el que el Grupo de Coros y Danzas viajó a Nueva York a la Feria Mundial que tuvo lugar en esa ciudad norteamericana. Hoy en día un acontecimiento de esa naturaleza sería uno más dentro del programa de actividades que una asociación cultural desarrolla en este mundo globalizado y sin fronteras. Pero hace 44 años, cuando apenas había comenzado la apertura del régimen político, que un grupo de yeclanos viajara a Estados Unidos y permaneciera en esas tierras durante setenta y cinco días, fue un acontecimiento que seguro marcó de por vida a sus protagonistas. Uno de ellos fue Francisco Ortín “Koki”, que recogió su testimonio a través de las ondas de Radio Juventud, emisora de la Cadena Azul de Radiodifusión, y hasta incluso fue capaz de escribir un poema, “Un yeclano en Nueva York”, en el que derramó un sentimiento de añoranza, que reflejó en alguna de estas estrofas:

Desde esta Ciudad-cemento

traslado mi pensamiento

a mi Yecla tan lejana...

... ¡Calles La Rosa, Zaplana...

Plaza del Ayuntamiento;

el “mercao” (no muy barato),

la Iglesia Nueva y la Vieja,

El Niño, García Morato,

*San José, Pasico el Gato,
Cazadores y La Ceja!
Allá “arribota” El Puntal
que es una cosa muy seria,
pues te dan por un real
un chato de vino, tal,
¡que habría que verlo en la Feria!
Entre aromas de jazmín
“huelo” el Parque y el Jardín.
Y si yo mis ojos cierro,
veo el Castillo y su cerro,
la Virgen y el Camarín.*

Y permítanme que aproveche esta referencia a la crónica de un acontecimiento singular para rendir un pequeño homenaje, en casi el ecuador de este Pregón, a los cronistas locales. Esto es, a los periodistas que ha dado nuestro pueblo y a los que han tomado el testigo del relevo y que hoy tratan de hacerse un hueco entre nosotros. Reivindicando una función de testigos de la realidad. Ya sean titulados universitarios o doctorados por la calle. Aquellos que continuaron la labor de las revistas y periódicos de finales del siglo XIX y de las primeras décadas del pasado, como La Soflama, el Eco Social, Religión y Patria, La Esfera... hasta la decana estación local de radio en la que Koki y el resto de radiofonistas dieron fe en las ondas de los hechos más singulares de la segunda mitad del siglo XX. Testigo que hoy tratan de recoger compañeras y compañeros en otras emisoras de radio, de televisión, la corresponsalía de diarios, gabinetes de prensa o desde los periódicos locales y las páginas de la red, los acontecimientos de la vida cotidiana de nuestro pueblo, de sus gentes, de sus luchas diarias en los ámbitos de la economía, la política, la educación, la cultura o el deporte. Incluyo aquí desde las figuras periodísticas de Azorín y Castillo-Puche, hasta quienes a lo largo de los años han sido periodistas, cronistas de lo cotidiano, y que hoy merecen nuestro respeto, admiración y agradecimiento, desde una actitud callada,

y que incluso a algunos –por humildad- les ha llevado a ceder el testigo del protagonismo más reciente y que esta noche nos ocupa. De verdad, me gustaría que hoy quedase constancia que este canto a las Fiestas, al singular hecho de nuestra identidad, es también el vuestro, compañeros y compañeras de los medios de comunicación locales.

Ese espíritu que rompe lo cotidiano es otro de nuestros rasgos singulares. No es pasión de pueblo y de carácter, pero cuando alguien alcanza una meta, uno de Yecla ya está volviendo. Sí, así como suena... para lo bueno y para lo malo. Qué le vamos a hacer. Al menos así lo constato. Por eso, creo que la circunstancia de haber vivido buena parte de mi vida fuera de estas calles, de estos campos, de sus propias gentes, me ha permitido querer aún más agarrar con fuerza cada uno de sus rasgos. Como esa tragedia que definiera el maestro Castillo-Puche, al que Hécula le parecía trágica, *“tanto que seduce y repugna, envenena y atrae, conmueve y solivianta. Es tierra de pesadumbre, de andar mirando al suelo, tierra donde el viento silba como un látigo y el hombre camina encorvado como si arrastrase sobre los hombros un ataúd misterioso”*. Un lugar, una ciudad, una tierra, donde *“la más pura línea de verticalidad la da la soga de los ahorcados”*. ¡Qué fuerza se desprende de esta descripción! Aunque puedan resultar duras estas palabras, cuánta verdad encierran.

Esa fuerza es la que siempre me ha llevado a hablar de mi pueblo como tierra de extremos, de contrastes. Un pueblo en el que la radicalidad en cada una de sus facetas nos ha marcado con dureza, hasta llegar al enfrentamiento más duro, más atroz, como el que tuvo lugar entre hermanos con su máxima manifestación en una guerra civil con dos bandos irreconciliables. Un pueblo, una comunidad social y política donde han coincidido los ejemplos más extremos en el campo de la religión, la política, la educación o las artes.

Una buena muestra de lo que les hablo, donde la paradoja emerge como otro de los rasgos definitorios de nuestro carácter fue reflejada por nuestro admirado don Miguel Ortuño, en el programa de fiestas de hace 25 años -¿ven? Otra casualidad más. 25 años de paz, 25 años de un programa oficial- en el que señalaba que *“quizá por instintos de personalismo o de rebeldía o no sé por qué, aquí se han dado insólitas*

paradojas. Las Fiestas de la Virgen se estructuraron casi en su forma actual con un alcalde, Caxa de Mora, que estaba excomulgado. La consagración de la Iglesia Nueva la preside Francisco González Gil, todo un republicano anticlerical. En el siglo XVIII, siglo de la Ilustración es cuando convierte Yecla su callejero en un santoral. Y en el XIX, cuando los demás construyen cárceles, hospitales, fábricas y cuarteles, los yeclanos terminan su Basílica. Y en muchas ocasiones, cuando los liberales arramblaban con los votos en unas elecciones, aquí triunfaban entonces los conservadores, o viceversa”.

Permítanme, sin embargo, que insista con este rasgo singular de nuestra identidad. Un bando del alcalde Antonio Puche en 1873 –fíjense que estamos en plena Primera República- finaliza de la siguiente manera: *“Yeclanos: ¡Viva nuestra insigne Patrona la Pura Concepción! ¡Viva el pueblo de Yecla honrado y laborioso! ¡Viva la España republicana! ¡Vivan los pobres! ¡Viva la España republicana!”*. Por encima de ideologías, una sola figura, la Madre de Jesús, la Madre que perdona, la Madre que acoge: María Inmaculada.

Sin ir más lejos, este Teatro, hace más de 70 años, albergó uno de los actos políticos más multitudinarios de la época, al margen de las grandes capitales, de Pablo Iglesias, uno de los fundadores del Partido Socialista. El mismo dirigente político al que se refería Castillo-Puche al hablar de los milicianos de nuestro pueblo en la contienda civil, que *“morían como moscas”* y que *“llevaban en la cartera, junto a la estampa doblada de la Patrona, que habían quemado, un retrato de Pablo Iglesias. Y los que volvían con permiso se iban al Cerro de los Salmos y sobre las columnas truncadas de unos templos milenarios empinaban la bota y tragaban sus suculentas migas. Hécula no está en Levante ni en La Mancha, tampoco está exactamente en Castilla. Hécula –Yecla, afirmo yo también- es un pueblo raro...”*. La visualización del miliciano con la estampa de la Virgen en la cartera es la que me traslada a la actualidad, a una imagen del reportero gráfico Javier Bauluz, que es el que mejor ha reflejado la tragedia de las pateras repletas de mujeres y hombres africanos arribando a las costas españolas. Aún conservo en la retina la fotografía publicada en prensa de un inmigrante muerto en una playa andaluza, y junto al cadáver, su cartera y una fotografía de Juan Pablo II. El Papa, acompañando en sus últimas horas a quien lo deja todo y arriesga su vida en busca de un futuro en Occidente.

Imagen repleta de paradoja. Como un pueblo extraño como el nuestro, que es capaz de salir adelante, pese a las adversidades, sin necesidad de tener que mendigar que instituciones, gobiernos o agentes externos de diverso tipo tengan que resolvernos nuestros problemas. Pero a la vez sabe ser solidario cuando alguien lo precisa. Un pueblo y unas gentes que han madurado con el tiempo, como el buen vino –y de eso sabemos bastante los yeclanos- y que ha aprendido a ser tolerante con el que piensa diferente, con el que vive diferente y, hasta incluso, con el que hace una apuesta por un estilo de vida diferente al establecido.

Y creo, sinceramente, que a ello ha intercedido y lo hace a diario, María Inmaculada, nuestra Madre, bajo la advocación de la Virgen del Castillo. Aquella que era venerada cuando unos hombres contradictorios quisieron agradecer su fortuna disparando salvas de arcabuz en su honor, hace más de tres siglos. A la que la Iglesia Católica unió el sentido del Dogma de la Inmaculada Concepción. Proclamado el 8 de diciembre de 1854 por el Papa Pío IX, confiesa: *«...la bienaventurada Virgen María fue preservada inmune de toda mancha de pecado original en el primer instante de su concepción por singular gracia y privilegio de Dios omnipotente, en atención a los méritos de Jesucristo Salvador del género humano»*. Con la definición de este dogma culminó un largo proceso de reflexión eclesial, bajo el impulso del Espíritu Santo, sobre la figura de la Virgen María, que permitió conocer, de modo más profundo, las inmensas riquezas con las que fue adornada para que pudiera ser digna Madre del Hijo eterno de Dios. Un proceso que viene de lejos. Un ejemplo: el obispo de Cartagena, Fray Antonio Trejo, fue el encargado por el rey de España de asistir en Roma a las tremendas deliberaciones que se sobre este asunto se suscitaron allá por el siglo XVI. Más aún, fue quien mandó construir la suntuosa capilla del trascoro de la Catedral de Santa María, en Murcia, y de entronizar en él la imagen de la Inmaculada que aún hoy se venera.

Tres aspectos de nuestra fe han sido subrayados de modo singular con la proclamación del dogma de la Inmaculada: la estrecha relación que existe entre la Virgen María y el misterio de Cristo y de la Iglesia, la plenitud de la obra redentora cumplida en María, y la absoluta enemistad entre María y el pecado. La evangelización y la transmisión de la fe en tierras de España han ido siempre unidas a un amor singular a la Virgen María. No hay un

rincón de la geografía española que no se encuentre coronado por una advocación de nuestra Madre.

El amor sincero a la Virgen María en España se ha traducido desde antiguo en una “defensa intrépida” y del todo singular de la Concepción Inmaculada de María; defensa que, sin duda, preparó la definición dogmática. Si España es “tierra de María”, lo es en gran medida por su devoción a la Inmaculada. ¿Cómo no recordar en este punto el extraordinario patrimonio literario, artístico y cultural que la fe en el Dogma de la Inmaculada ha producido en nuestro país? A la protección de la Inmaculada se han acogido desde época inmemorial Órdenes religiosas y militares, Cofradías y Hermandades, Institutos de Vida Consagrada y de Apostolado Seglar, Asociaciones civiles, Instituciones académicas y Seminarios para formación sacerdotal.

Qué es si no la antigua Cofradía de la Purísima, de nuestro pueblo, la Asociación de Mayordomos de la Purísima Concepción o la Corte de Honor, por citar a las más características de nuestro pueblo. ¿O cómo se puede explicar la presencia trascendente en Yecla de las religiosas Concepcionistas Franciscanas, de las que hablaré más adelante?

Numerosas localidades como la nuestra hicieron y renovaron repetidas veces el voto de defender la Concepción Inmaculada de María. Como también se nos recuerda, propio de nuestras Universidades era el juramento que, desde el siglo XVI, profesores y alumnos hacían en favor de la doctrina de la Inmaculada. Como propio también de nuestra tradición cristiana es el saludo plurisecular del “Ave María Purísima...”. Siguiendo una antiquísima tradición el nombre de la Inmaculada Concepción ha ido acompañando generación tras generación a los miembros de nuestras familias. A cantar sus alabanzas se han consagrado nuestros mejores músicos, poetas y dramaturgos. Y a plasmar en pintura y escultura las verdades de la fe contenidas en este dogma mariano se han entregado nuestros mejores pintores y escultores.

Al inicio del Año litúrgico, en el tiempo de Adviento que comenzaremos mañana, la celebración de la Inmaculada nos permite entrar con María en

la celebración de los Misterios de la Vida de Cristo, recordándonos la poderosa intercesión de Nuestra Madre para obtener del Espíritu la capacidad de engendrar a Cristo en nuestra propia alma, como pidiera ya en el siglo VII San Ildefonso de Toledo en una oración de gran hondura interior: *«Te pido, oh Virgen Santa, obtener a Jesús por mediación del mismo Espíritu, por el que Tú has engendrado a Jesús. Reciba mi alma a Jesús por obra del Espíritu, por el cual tu carne ha concebido al mismo Jesús (...). Que yo ame a Jesús en el mismo Espíritu, en el cual Tú lo adoras como Señor y lo contemplas como Hijo».*

Conscientes de esta riqueza, expresión de una fe que genera cultura, en diversas ocasiones la propia Conferencia Episcopal Española ha llamado la atención sobre el fuerte arraigo popular que la Fiesta de la Inmaculada tiene en España, considerada de «decisiva importancia para la vida de fe del pueblo cristiano» . Al hacerlo, recordó que «la fiesta del 8 de diciembre viene celebrándose en España ya desde el siglo XI, distinguiéndose los diversos reinos de la Península en el fervor religioso ante esta verdad mariana por encima de las controversias teológicas y mucho antes de su proclamación como dogma de fe. Tras la definición dogmática realizada por el Papa Pío IX en el año 1854, la celebración litúrgica de la Inmaculada Concepción ha crecido constantemente hasta nuestros días en piedad y esplendor».

Al cumplirse el primer centenario de la proclamación, el papa Pío XII declaró el año 1954 como Año Mariano, de esa manera se pretendía resaltar la santidad excepcional de la Madre de Cristo, expresada en los misterios de su Concepción Inmaculada y de su Asunción a los cielos. En España aquel Año Mariano tuvo hitos memorables, como el magno Congreso celebrado en Zaragoza del 7 al 11 de octubre de 1954, en conexión con el cual, el 12 de octubre, se hizo la solemne consagración de España al Corazón Inmaculado de María. Y en nuestro pueblo, ese acontecimiento se vivió de manera especial con la Coronación Canónica de la imagen de la Purísima Concepción, la Virgen del Castillo. Más que una expresión solemne del nacional-catolicismo, fue la eclosión de un conjunto de sentimientos y anhelos que pilotó aquel gran sacerdote y hombre de fe que tanto ha marcado la vida de este pueblo, el Arcipreste Don José Esteban Díaz.

Estoy convencido de que los nuevos retos que se nos presentan como cristianos en un mundo siempre necesitado de la luz del Evangelio no podrán ser afrontados sin la experiencia de la protección cercana de nuestra Madre la Virgen Inmaculada. Una protección que he tenido la oportunidad de vivir de cerca en Yecla con la experiencia de sentir la oración y la intercesión, en numerosas ocasiones, irradiada desde el Monasterio del Sagrado Corazón de Jesús, de la orden de la Inmaculada Concepción, de nuestras queridas ‘Monjas encerradas’. No puedo por menos que unirme a ellas, a su radiante alegría, a su fuerza redentora, a su ilusión y cercanía a todos, desde el carisma de Santa Beatriz de Silva, y a su amor Inmaculado a María, que son capaces de traspasar desde los muros de su venerado convento hasta el último rincón de nuestro pueblo. A Concha, a Beatriz, a Corazón, a Fuensanta, a Mercedes, a Catalina, a las nuevas generaciones de religiosas... debo gran parte del consuelo recibido en momentos de tribulación, de esperanza en tiempos de dudas, y de alegría en acontecimientos especiales. Como participar muchos años en la Eucaristía el Día de la Virgen, y sumarme a la felicitación que sus fieles parroquianos les hemos ofrecido entre los muros de su iglesia y ante la mirada de la imagen de su fundadora.

Como ya señalé, mi vínculo con las Fiestas de la Virgen, además de por ser hijo de yeclanos, viene de la feliz circunstancia de formar parte de “Los Luna”, la familia que allá por el año 1905 del siglo pasado decidió unir a sus miembros para salir juntos en las fiestas en las que participaban hasta entonces de manera individual. Nació aquel año la Escuadra de “Los Luna”, que ya a finales de los años 60 fue reestructurada para incorporar a sus filas a miembros que no tenían vínculos de sangre con los originarios escuadristas. Mi bisabuelo Pedro, mi abuelo –su hijo- Blas, y mi padre, Pepito, son los que me han precedido en línea directa en la vinculación con la Escuadra. Y aunque no he desfilado ni he formado parte de manera oficial, siempre he sentido que cuando un Luna ha disparado su arcabuz, cuando soplaba las mechas para darle aire a las brasas antes de ponerla en contacto con la pólvora, o cuando miraba a la imagen de la Virgen en el atrio de La Purísima, ahí también estaba yo vibrando con la emoción de los sentimientos a flor de piel.

Esos sentimientos ancestrales que no son propiedad de nadie y que, además, no se pueden regular por ordenanzas, son los mismos que otras familias han ido derramando desde antiguo en su amor –a veces irracional- por la Virgen, la Madre de Dios, la Madre de su hijo Jesús, y por tanto, madre nuestra. Y un sentimiento que es familiar y que entrega lo mejor que tiene de sí mismo para el mayor esplendor de la fiesta. Algo que Los Luna han hecho de una manera formal desde que la primitiva comunidad familiar está representada activamente en la Compañía “Martín Soriano Zaplana”. Miembros que han formado parte –como no puede ser de otra manera- y han colaborado con la Asociación de Mayordomos de la Purísima Concepción, desde que se creara la misma en el año 1932. Sin ir más lejos, a Pedro Juan, hermano de mi abuelo Blas, le correspondió el número 12 de la clase de Asociados de Número. O el tío José Antonio, padre de mi tío Paco y abuelo de mis primos José Francisco, Juan y Pedro, que logró ingresar con el número 100, el 10 de agosto de 1944, quien además fue colacionista de la Soldadesca por acuerdo de la Junta Directiva del 30 de octubre de 1952.

En tiempos más recientes, varios miembros de la actual Agrupación de Escuadras de la Retaguardia “Los Luna” han formado parte de las diferentes Juntas Directivas de la Asociación, en calidad de vocales, como mi tío Paco, Francisco Navarro Díaz; Francisco Ortuño Castaño –que también fue miembro de la oficial escuadra de la Retaguardia durante seis años, como otros Lunas-; Pedro Navarro Gandía, Benito Rico Perpiñán, éste en calidad de vicetesorero y Ayudante de la Bandera en 1986, o mi primo José Francisco, como secretario, entre los años 2000 a 2003. O el que ha sido gran cronista de la Escuadra a lo largo de 26 años, Antonio González Albertos, que también lo fue de la Asociación a comienzos de los años 90 del pasado siglo.

Y qué decir de la entrega y colaboración en la Compañía “Martín Soriano Zaplana” de los escuadristas de “Los Luna”, y como ejemplo de esa relación tan estrecha, la figura de mi tío Paco, que fue Ayudante y luego Ayudante Mayor de la Bandera desde 1990 hasta el 11 de agosto de 2003, fecha en la que la virgen lo llamó junto a ella, y desde su trono, se encarga de auxiliar a quien lo necesita, con esa mirada y esa dulzura, no exenta de picardía, con la que irradiaba a todo el que se cruzó en su camino. Y eso lo sabe muy bien su mujer, sus hijos y, por supuesto, sus nietas y nieto,

cuando lo sienten en cada momento de la ausencia, en especial estos días en los que la Virgen María, en su advocación de la Virgen del Castillo, baja al pueblo para fundirse en un gran abrazo con sus hijos e hijas.

Además, la Escuadra ha dado a la Fiesta dos Mayordomos, ambos de la Bandera: Juan Victoria Navarro, hijo de la prima Juanita, en el año 1982, y Benito Rico Perpiñán, dos años después.

Y por supuesto, porque también son escuadristas hasta la médula, las mujeres “Lunas” y las mujeres de “Los Lunas”, desde aquellas que antaño llegaron a ayudar a cargar a sus maridos, hasta las actuales, que viven las Fiestas, y sobre todo, la devoción a María, desde la vanguardia a la retaguardia. Dos ejemplos con rostro de lo que les hablo. Mi tía Paqui, Paquita, que fue durante años presidenta de la Corte de Honor de la Virgen, en una labor callada y constante, ejemplo de lo que esa asociación de mujeres es capaz de hacer y sentir por su pueblo, por su patrona, y por el engrandecimiento de sus Fiestas. O la figura de mi tía Concha, la única hija de Blas, mi abuelo, que siempre ha estado ahí, desde niña, para acoger a sus hermanos y a todos los Lunas que han querido por su casa de la calle San José. Donde se recargaban las cantimploras o botijas de pólvora en el ecuador de la procesión del Día de la Virgen, mientras se detenía la comitiva. Donde los tiraosores de la familia y sus cargadores se reponían con unos mantecados que ella había hecho, mientras los músicos de la banda improvisaban un pasodoble en el pasillo, y los entonces chiquillos –mi hermano Pablo, mis primos José Manuel y Juan, o mi prima Mari Carmen y ‘la Belén’- corríamos de allí para allá y veíamos a esos hombres recios, con la cara manchada por la pólvora, dispuestos a continuar la procesión.

Ruego me permitan esta extensa relación de la vinculación familiar a las fiestas. Que nadie se sienta excluido, puesto que de la suma de voluntades individuales y, en el caso de “Los Lunas”, colectivas, se alcanza el cenit de unas fiestas que son el mejor ejemplo del sentimiento de un pueblo, de origen agrícola y mediterráneo, en su manifestación religiosa más profunda como seres humanos incardinados en una cultura y tradición seculares.

Personas sencillas como Paco “el seco”, que un día de la Subida del año 1987 fue junto a la Virgen después de haber vivido desde los 8 años ligado a las Fiestas, a la Escuadra de “Los Luna”. No en balde era el cargaor de mi abuelo Blas, hasta el momento en el que dejó de salir unos años al enviudar de mi abuela Concha, y pasó a desempeñar su tarea con su hermano Pedro Juan, tal y como recientemente me recordaba el que ha sido gran cronista de la Escuadra, Antonio González Albertos. A Paco “El Seco” lo conocí a finales de los 70 en la fábrica de mi tío Juan, el de los herrajes, y pude disfrutar de sus ingeniosos relatos del tiempo de guerra, de su picardía y buen humor. Un libro vivo de la mejor estirpe yeclana.

Esa estirpe yeclana, tanto la que está en primera línea como la que trata de pasar desapercibida, ha sido capaz de conservar una de las muestras festivas de religiosidad popular más auténticas y singulares de nuestra geografía nacional. No queremos dar lecciones a nadie. No pretendemos demostrar lo que no somos. Ni tampoco avergonzarnos de nuestras tradiciones y nuestra historia. Tan sólo queremos invitar al extraño, al verdadero extranjero, a quien aún se ha perdido la oportunidad de conocernos, para que se sume a participar y a ser testigo activo nuestros actos: desde el Paseo al Beso de la Bandera; de la espontánea y popular Alborada, a la Bajada de la Patrona, con la emotiva y electrizante entrada en la Basílica desde la esquina del atrio. Desde la Ofrenda, preludeo del Día Grande, al Día de la Virgen, con sus actos de la mañana y la Procesión de la tarde, con sus castillicos incluidos desde la Placeta de San Cayetano. Del Día del Clavario al fervor y la emoción de la Minerva, en el día de la Subida, que es una jornada de despedida, donde tantas y tantas parejas yeclanas se han confesado amor, en un ambiente de fiesta y baile, en la subida de las cuestas del Castillo, y donde la melancolía ha dado paso al final de las Fiestas.

En fin, queridos amigos y amigas, poco más puedo exaltar esta noche. Creo que ha sido suficiente. Ustedes juzgarán. Quien les habla, lo ha hecho desde el corazón. Un corazón yeclano, Luna, y creyente. Con la mirada puesta en ella, nuestra Madre adorada. Muy buenas noches a todos y a todas, y tratando de vencer la emoción, les pido que se unan a este grito de júbilo: ¡Viva la Virgen del Castillo! ¡Viva todo el pueblo de Yecla, leal, noble y generoso!